



VERDAD Y ANUNCIO DE LA FE

Hoja Semanal y Especial Jóvenes

de la Parroquia de

Nuestra Señora Reina del Cielo

Año XV

Nº 16

31.01.2021

DOMINGO DE LA 4ª SEMANA DEL TIEMPO ORDINARIO

LECTURAS DE LA MISA:

1ª Lectura	Del Deuteronomio (Dt 18, 15-20).
Salmo Responsorial	Salmo 94 (Sal 94, 1-2. 6-7c. 7d-9).
2ª Lectura	De la 1ª carta de San Pablo a los Corintios (1 Cor 7, 32-35).

LECTURA DEL SANTO EVANGELIO^① SEGÚN SAN MARCOS (Mc 1, 21-28):

Llegaron a la ciudad de Cafarnaún y, el sábado siguiente, entró Jesús en la sinagoga a enseñar. Estaban asombrados de su enseñanza, porque les enseñaba con autoridad y no como los escribas.

Había precisamente en la sinagoga un hombre que tenía un espíritu inmundo, y se puso a gritar: «¿Qué tenemos que ver nosotros contigo, Jesús Nazareno? ¿Has venido a acabar con nosotros? Sé quién eres: el Santo de Dios».

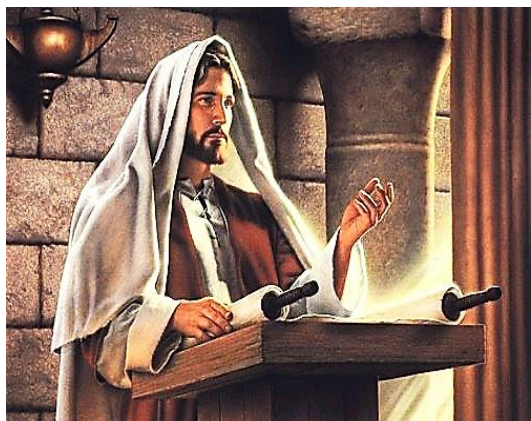
Jesús lo increpó: «¡Cállate y sal de él!».

El espíritu inmundo lo retorció violentamente y, dando un grito muy fuerte, salió de él. Todos se preguntaron estupefactos: «¿Qué es esto? Una enseñanza nueva expuesta con autoridad; esto es nuevo. Incluso manda a los espíritus inmundos y lo obedecen».

Su fama se extendió enseguida por todas partes, alcanzando la comarca entera de Galilea.

^① Los textos Bíblicos citados en esta HS y EJ están tomados de la Biblia de la Conf. Episc. Española.

ENCUENTRO CON JESÚS:



...se quedaron asombrados de su doctrina, porque no enseñaba como los escribas, sino con autoridad...

¿Qué significa "con autoridad"? Quiere decir que en las palabras humanas de Jesús se sentía toda la fuerza de la Palabra de Dios, se sentía la misma autoridad de Dios, inspirador de las Sagradas Escrituras. Y una de las características de **la Palabra de Dios es que realiza lo que dice**. Porque la Palabra de Dios corresponde a su voluntad.

PAPA FRANCISCO

Catequesis sobre la oración: 7 La Oración de Moisés (1)

Miércoles 17 de junio de 2020.

En nuestro itinerario sobre el tema de la oración, nos estamos dando cuenta de que a Dios nunca le gustó tratar con orantes “fáciles”. Tampoco Moisés será un interlocutor “débil”, desde el primer día de su vocación.

Cuando Dios lo llama, Moisés es humanamente “un fracasado”. El libro del Éxodo nos lo representa en la tierra de Madián como un fugitivo. De joven había sentido piedad por su gente y había tomado partido en defensa de los oprimidos. Pero pronto descubre que, a pesar de sus buenos propósitos, de sus manos no brota justicia; si acaso, violencia. He aquí los sueños de gloria que se hacen trizas: Moisés ya no es un funcionario prometedor, destinado a una carrera rápida, sino alguien que se ha jugado las oportunidades y ahora pastorea un rebaño que ni siquiera es suyo. Y es precisamente en el silencio del desierto de Madián donde Dios convoca a Moisés a la revelación de la zarza ardiente: **«Yo soy el Dios de tu padre, el Dios de Abraham, el Dios de Isaac y el Dios de Jacob»**. Moisés se cubrió el rostro, porque temía ver a Dios» (Éxodo 3,6).

Al Dios que le habla, que le invita a ocuparse de nuevo del pueblo de Israel, Moisés opone sus temores, sus objeciones: no es digno de esa misión; no conoce el nombre de Dios; no será creído por los israelitas; tiene una lengua que tartamudea... Y así tantas objeciones.

La palabra que sale más a menudo de los labios de Moisés, en cada oración que dirige a Dios, es la pregunta “¿por qué?”. ¿Por qué me has enviado? ¿Por qué quieres liberar a este pueblo? En el Pentateuco hay, de hecho, un pasaje dramático en el que Dios reprocha a Moisés su falta de confianza; una falta que le impedirá la entrada en la tierra prometida.



Con estos temores, con este corazón que a menudo vacila, ¿cómo puede rezar Moisés? Parece un hombre como nosotros. También esto nos pasa a nosotros: cuando tenemos dudas, ¿cómo podemos rezar? No nos apetece rezar. Y es por su debilidad, más que por su fuerza, por lo que quedamos impresionados.

Encargado por Dios de transmitir la Ley a su pueblo, fundador del culto divino, mediador de los misterios más altos, no por ello dejará de mantener vínculos estrechos con su pueblo, especialmente en la hora de la tentación y del pecado. Siempre ligado al pueblo. Moisés nunca perdió la memoria de su pueblo. Y ésta es la grandeza de los pastores: no olvidar al pueblo, no olvidar las raíces. Es lo que dice Pablo a su amado joven obispo Timoteo: **“Acuérdate de tu madre y de tu abuela, de tus raíces, de tu pueblo”**.

Moisés es tan amigo de Dios como para poder hablar con Él cara a cara; y será tan amigo de los hombres como para sentir misericordia por sus pecados, por sus tentaciones, por la nostalgia repentina que los exiliados sienten por el pasado, pensando en cuando estaban en Egipto.

Moisés no reniega de Dios; pero ni siquiera reniega de su pueblo. Es coherente con su sangre, es coherente con la voz de Dios. Moisés no es, por lo tanto, un líder autoritario y despótico; es más, el libro de los Números lo define como **“un hombre muy humilde, más que hombre alguno sobre la faz de la tierra”**. A pesar de su condición de privilegiado, Moisés no deja de pertenecer a ese grupo de pobres de espíritu que viven haciendo de la confianza en Dios el consuelo de su camino. Es un hombre del pueblo.

V. EUTANASIA Y SUICIDIO ASISTIDO SON ETICAMENTE INACEPTABLES (3)

La admisión de la eutanasia y del suicidio asistido para casos extremos abre la puerta a que se aplique a situaciones cada vez menos extremas.

Es la consecuencia más clara y difícil de rebatir por parte de quienes aceptan la legalización de la eutanasia y de la ayuda médica al suicidio. Se sabe que esas figuras, pensadas inicialmente para casos dramáticos, terminan expandiéndose y aplicándose a casos mucho menos graves. Esto sucede tanto a nivel legal como a nivel práctico.



Legalmente, las condiciones requeridas se relajan en modificaciones posteriores de la ley y así, de practicarse solo a petición expresa y consciente del enfermo, se pasa a aplicar en personas incapaces de expresar su consentimiento. Si es una práctica admitida, se considerará normal dentro del abanico de posibilidades para el tratamiento del paciente. En caso de enfermos que estuvieran en peor estado que aquellos que le pidieron morir, pensará compasivamente que, si fueran plenamente conscientes de su situación, la pedirían. Y se abre la puerta a practicar la eutanasia sin petición del paciente, algo que ya ha ocurrido allí donde está legalizada con normativas en teoría garantistas.

Por otra parte, si se aprueba legalmente la eutanasia, esta pasa a considerarse como un procedimiento normal y aceptable; sus peculiares controles burocráticos terminan siendo vistos como un lastre administrativo, en el fondo innecesarios. Con lo que la obligación legal de informar detalladamente de esos casos se va relajando: en países donde las leyes permiten la eutanasia, en algunos periodos parecía que su práctica disminuía, pero la investigación pertinente muestra que solo se está dejando de informar de ella. Las estadísticas correctamente realizadas muestran siempre un aumento progresivo de su práctica.

El «caso holandés» como caso significativo de la legalización de la eutanasia y del suicidio asistido.

El «caso holandés» muestra claramente cómo la legalización de la eutanasia y del suicidio asistido se ha ido implantando y extendiendo a través de lo que bien pudiera denominarse un plano inclinado.

En Holanda la eutanasia se legalizó en 2002 con estas condiciones: pacientes terminales con «sufrimiento insoportable»; que no tengan esperanza de curación; mayores de 18 años; que libremente quieran poner fin a su vida. Sin embargo, en 2011 se practicó en Holanda la eutanasia a 13 pacientes psiquiátricos. En esta misma línea se sitúa el protocolo Gröningen de dicho país, que autoriza la eutanasia de niños recién nacidos con enfermedades graves.

Recientemente hemos conocido, también en Holanda, casos de aplicación de la eutanasia por problemas psicológicos y no físicos. Se autorizó por razones de «*infelicidad senil*» en el caso de una persona de 84 años que solicitó la eutanasia alegando «*no tener ganas de vivir*». Otra razón que se invoca es el «*dolor existencial*»; con el que se aplicó la eutanasia a una mujer que la pidió por el dolor y los graves sufrimientos provocados a raíz del divorcio de su marido y por la muerte sucesiva de dos hijos ya adultos.

Junto a esto, se han dado casos de eutanasia no voluntaria, es decir, sin que la solicite el paciente, a iniciativa del médico o de la familia: por baja calidad de vida, para facilitar la situación de la familia, para acortar el sufrimiento del paciente, para poner fin a un espectáculo insoportable para médicos y enfermeras o por necesidad de camas para otros enfermos.

Se puede apreciar, por tanto, que lo que nació con una normativa muy restrictiva se ha ido convirtiendo poco a poco, como por un plano inclinado, en una cuestión de intereses.



LA PRIMITIVA IGLESIA DE LOS PRIMEROS CRISTIANOS (4)

El fervor y la pureza de los primeros cristianos, la puesta en común de sus bienes, su espontaneidad de testigos intrépidos, todo ello respira el conmovedor perfume del mismo Cristo. Comparemos con nuestra Iglesia del siglo XXI. ¿Es verdaderamente la misma Iglesia?



La primitiva Iglesia nos parece a la vez simple y perfecta, pero guardémonos ante todo de una idealización nostálgica. La Cristiandad primitiva conoció muchas miserias: reticencias contra el universalismo, riesgo en la puesta en común de los bienes (Ananías y Safira), discordias, escándalos, diferencias indignantes en la «Cena del Señor». Leer sobre esto los capítulos 1, 5 y 16 de la 1ª Epístola a los Corintios. Hecha de hombres, es decir, de pecadores, la Iglesia, desde el principio hasta el fin de los siglos, tendrá siempre que luchar en cada uno de sus miembros.

Un poco de reflexión sociológica. Toda sociedad que vive, necesariamente se modifica: crecimiento numérico, extensión geográfica, mezcla social, alejamiento de los orígenes, etcétera...

¿Quién se puede extrañar de encontrar diferente una comunidad judía de cien fieles del año 30 y una Iglesia de 1300 millones de hombres del siglo XXI? Está en la intención del Señor que la semilla se convierta en árbol. ¿Debe extrañarnos que, al crecimiento del Cuerpo Místico, debe corresponder la amplitud de su organización sociológica? Lo accesorio en la Iglesia es el lenguaje, el vestuario, los convencionalismos administrativos, todo el marco sociológico indispensable pero variable.

Así, la repartición de bienes en la comunidad primitiva de Jerusalén no era más que una forma de caridad cristiana, de una forma concreta. Se puede encontrar también la misma caridad verdadera en un monasterio, en una familia generosa, en un grupo de compromiso temporal o social, bajo diversas formas.

Lo esencial es la unión con Cristo, la unión en el Gran Cuerpo Místico del cual cada cristiano

forma una célula diversificada. Unión por el Evangelio y los Sacramentos, con la Jerarquía y en la Caridad. Así, en la Iglesia, hasta el fin de los siglos, hasta la última generación de hombres, resonará la Palabra que no muere, se repartirá el mismo Pan, gobernará el

Sucesor de Pedro, brotará la Caridad de su Fuente eterna y divina. A través de los siglos, bajo diferencias exteriores, es la misma Inspiración, la misma Gracia de Cristo vivo en la misma Iglesia.

El cristianismo prosperó desde sus inicios porque ofrecía cosas que ninguna otra cultura o religión afirmaba tener: una relación de amor con Dios, y la salvación eterna, es decir, una vida feliz en el Cielo, e increíblemente superior a la que vivimos aquí, y que Cristo nos ganó con su Redención a través de su dolorosísima Pasión. Los primeros cristianos luchaban y trabajaban, pese a las enormes dificultades del ambiente que les rodeaba, intentando acercarse lo más posible al cumplimiento de los dos mandamientos en que se resume toda la Ley y los Profetas, según Jesús: Amor a Dios sobre todas las cosas y al prójimo como a nosotros mismos.

Es lo mismo hoy. Ninguna otra religión ofrece estas cosas, ni siquiera el secularismo o aquellos que dicen ser “espirituales, pero no religiosos”. Estos aspectos básicos del Cristianismo son “ofertas de valor” únicas, y se pueden y deben ofrecer a una población espiritualmente hambrienta y sedienta.

La iglesia primitiva seguramente parecía que estaba en el “lado equivocado de la historia”. No obstante, cambió la historia con una adhesión persistente al Evangelio. Esa debería ser nuestra aspiración también.

«Para que la corriente de la Tradición, que comenzó con los primeros cristianos, llegue hasta nosotros, es necesario dragar continuamente su cauce», (De Lubac), pues supone ruptura con la mediocridad y presencia del Espíritu Santo.